

Recordando a Jorge Lozano:

Nos conocimos una mañana de octubre del noventa y tantos, en el despacho que nuestro Departamento de la Facultad de Ciencias de la Información de la Complutense había reservado, con las peores expectativas de convivencia, para dos bichos raros recién aterrizados desde travesías dispares, aunque ambas marcadas por alguna o varias importantes decepciones a medio curar (como iríamos descubriendo).

A los pocos minutos había puesto ya de manifiesto que se trataba de un personaje heliocéntrico, con una sorprendente semejanza a Donald Sutherland, no sólo de aspecto sino también de escenificación. Y también, que sería imposible concentrarse allí en cualquier silencio de trabajo, ante su constante despliegue de ironías, preguntas-trampa, diagnósticos oblicuos, voraz curiosidad y peticiones de ayuda frente a sus mostrencos perseguidores, los trámites de la burocracia y la informática.

Pero de inmediato, asimismo, me planteó un intercambio nada habitual en ese recinto académico tan proclive a hablar de plazas y juegos de poder (o como alternativa, de la chismología más o menos patética de la fauna profesoral), sin apenas tiempo, en cambio, para los debates de ideas. “Este es mi libro principal, que seguramente no conocerás, - creo que me dijo-, *El discurso histórico*, ¿Qué has escrito tú?”.

Al no llevar yo encima la foto de mi criatura tarde unos días en entregarle mi más modesta aportación. Y al cabo de poco me sorprendía otra mañana, entrando en tromba con su comentario tras la lectura de mi texto: “Así que John Locke y la ley de la moda y la opinión”. Encontramos ahí el puente que ya desde entonces seguimos cruzando, desde las nieblas semióticas (para mí) a las cuantofrenias y esquematismos de la opinión pública y la comunicación política (para él).

Sería muy fatuo por mi parte insinuar que aquellos trasvases fueran equilibrados. Bien al contrario yo fui casi siempre el beneficiario: De su sabiduría forjada entre los clásicos, de su lucidez para arrancar a cada obviedad de lo cotidiano una arista inaudita preñada de revelaciones...Y sobre todo aprendí de él, el valor significativo de las sombras y los espejos, para descubrir a través de ellos lo que la mirada frontal tiende sólo a convertir en obvio y en inerte.

Ya con más calma, de la lectura de algunos de sus textos, siempre obtuve utilidad inspiradora, a pesar de no formar parte de eso que tan pomposamente llamamos “mis líneas de investigación”. Pero quizá también por eso, me proporcionaron ante todo el placer que sólo la cultura refinada provoca. Pero fue sobre todo en sus conversaciones cotidianas en las que más descubrimientos hallé: Que la palabra “interesante” no significa nada y sólo encierra respuestas de compromiso; que el afán por lo significados no ha de sentirse nunca satisfecho aunque no parezca existir un método claro para buscarlos; que los traductores (aquí de la mano de su gran amigo Paolo Fabbri) son traidores necesarios, a menudo incomprensidos; pero además, que la realidad tampoco puede ser negada por caprichos pueriles, sin que por ello la inteligencia deba renunciar a ser insolente con lo que se da por supuesto.

En cuestiones políticas nunca estuvimos de acuerdo; en las teológicas, en cambio, coincidimos siempre en la negación lúcida e impávida de sus simulacros. Por eso no terminaré apelando al socorrido subterfugio de “allá donde ahora se encuentre”. Sino que reivindicaré el único lugar posible para reencontrarlo, que es nuestra memoria. Todo lo que a veces le escuchábamos sin la suficiente atención y que ahora puede hacerse eco en destellos del recuerdo y con la relectura de sus textos. Su vida seguirá eterna en la luz de sus pensamientos y vivencias, vueltos a narrar por todos los que disfrutamos alguna pequeña parte de su *peripezia* singular.

José Luis Dader
Catedrático de Periodismo-Comunicación Política
Universidad Complutense